

Artículo "René Girard" del *Dictionnaire des philosophes*, PUF²

Filósofo francés, diplomado en la Escuela de Mapas. Nacido en Aviñón en 1923. A partir de 1947 hasta su muerte, enseñó en los Estados Unidos de América, en muchas universidades de las que se volvió profesor.

El punto de partida de la reflexión de Girard se encuentra en una reacción contra el racionalismo que, según él, ignora la naturaleza de la ilusión religiosa y su papel fundador de toda sociedad. En efecto, no puede haber grupo sin la cohesión inconsciente de sus miembros por medio de algunos hechos de violencia inconfesables, perdidos, hundidos en los tiempos del olvido, que han sido expresados por los mitos y todas las formas de lo sagrado. Esta dimensión de la violencia está, por definición, ausente, negada, lo que la vuelve operativa. Y por definición escapa a los hombres a los que constituye como pertenecientes al grupo, de suerte que el tabú al que ella da nacimiento la sacraliza, la pone a distancia, permitiendo el llamado de lo prohibido sin por ello levantar el velo de la ignorancia necesaria. El origen es siempre inconsciente, Rousseau lo mostró. Porque en efecto se nos escapa, por ello precisamente tiene la capacidad de comenzar. Hasta acá, el análisis que resumimos es esquemáticamente el de Freud. Nada que no haya ya descubierto el inventor del psicoanálisis (véase *Totem y Tabú* en particular & *Ensayos de psicoanálisis...*), sin que, muy por el contrario, el racionalismo se encuentre cuestionado en este marco. Para Girard, sin embargo, esta violencia originaria es arbitraria.

Es en este punto donde se presenta la innovación de nuestro autor, cuando presenta el programa de la nueva antropología que él pretende fundamentar, programa ambicioso por lo demás puesto que realiza el "equivalente etnológico del origen de las especies" (*De las cosas ocultas...*, p. 12). En efecto, si esta ilusión constituye un patrimonio inconsciente (aquí llamado desconocido), que da nacimiento a una cultura, él es igualmente operativo, y de la misma manera, en toda teoría; Girard propone sacar a luz y revelar esas "cosas ocultas desde la fundación del mundo", descubriendo que se trata siempre del mismo fenómeno, a saber: el desconocimiento de la imitación y del rol que juega el deseo de imitación, esencial entre los hombres, y que caracteriza todas sus relaciones. La literatura le provee las pruebas de lo que afirma, de Dostoievski a Cervantes, pasando por Proust. Pero *Don Quijote*, ese "fanático de la imitación", es sin duda su novela predilecta, en la que Girard pone la literatura al servicio de un proyecto

² VV. AA. *Dictionnaire des philosophes*, t. 1, París: PUF, nov. de 1993, pp. 1135-1137. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Palau Castaño, Medellín, 20 de noviembre de 2015.

etnológico que reencuentra por todas partes sus presupuestos. Aquí precisamente Freud es rechazado y sus conceptos entonces violentamente impugnados (castración, Edipo –“qué novelas para increíbles”–, esa “fábula confundidora”; identificación, desplazamiento, sublimación, etc.), todo es invalidado por la nueva “ciencia del hombre” pues, según Girard, Freud no comprendió el deseo fundamental que eclipsa todos los otros: “nada hay en la construcción freudiana cuya presencia no esté justificada por el deseo de interpretar los fenómenos, de los que nosotros logramos dar cuenta con la ayuda del solo principio mimético” (*Cosas ocultas...*, p. 387). En efecto, todo comienza en la rivalidad por el objeto del deseo. La envidia y los celos están en la raíz de las relaciones entre los hombres, y cuando cada quien desea lo otro, es decir, desea lo que él no tiene, es para absorberlo y destruirlo. El esquema es siempre el mismo. Para apoyar esta tesis no faltan las referencias: Caín y Abel, Esaú y Jacob, Rómulo y Remo... la lista sería larga; otros tipos de deseos también sin duda, pero Girard no los tiene en consideración, pues él reduce el deseo a esta univocidad de estructura que para él explica todo: las relaciones interindividuales hechas de deseo y de violencia exclusivamente, la aparición de lo sagrado que salió de ese conflicto, la constitución del grupo por lo sagrado que lo sella en torno al fenómeno de fabricación de las víctimas. Toda la cultura, toda la política, sus estructuras de funcionamiento, sus fracasos están todos contenidos en el deseo de imitación. En esta línea, Marx también es barrido por esta antropología del deseo que se parece bastante a una metafísica. En efecto, Girard trata en un mismo gesto, como se lo verá, a Nietzsche, Marx y Freud, pensadores superados.

Este deseo de imitación que desemboca en la violencia y que requiere que se pongan en funcionamiento mecanismos sacrificiales hace aparecer a estos en su identidad de función. Al decir de Girard, se trata siempre de evitar que las víctimas sean vengadas. En efecto, a causa de la omnipresencia de este deseo, simple, universal y único, la violencia está por todas partes y sin fin. Solo lo sagrado puede resolver este drama que trasciende el antagonismo. De suerte que lo religioso resuelve un problema del que somos inconscientes (que desconocemos, dice Girard) y es el de la violencia bajo todas sus formas que se van volviendo cada vez más equivalentes a través de las edades: deseo de apropiación, venganza, sacrificio, sistema judicial, pues todos obedecen a una compulsión de destruir. Los sacrificios no son sino imitaciones (una vez más) de la violencia fundadora. Solo tienen por carácter distintivo el ser unilaterales, rompiendo así el círculo de la violencia que ellos prohíben subrayándola, pues es conocido (desde las Orgías dionisiacas hasta Lacan que a su manera ha hablado mucho de ello) que la exhibición de la prohibición la refuerza, y la ley se sitúa en su transgresión excepcional y organizada ritualmente.

Girard quiere, pues, deshacer la filosofía de los maestros de la sospecha (Marx, Nietzsche y Freud) a los que considera como ídolos inútiles, luego de

haber contribuido ellos mismos a romper otros ídolos, es decir, a aclarar algunos mitos. Pero si se le cree a Girard, su pensamiento se ha vuelto ineficaz, circular, misticador (N. B. él entiende por esto: nuevo mito y no manipulación, contrariamente a lo que significa ese término), pues hemos exagerado el valor de verdad de las teorías mencionadas. Él quiere desmitificar, por consiguiente, esas teorías que han dominado el siglo, poniendo de relieve su ceguera en cuanto a la violencia que da a luz lo sagrado y suscita víctimas, para el equilibrio. Según Girard, estos tres ya no tienen nada más que decir actualmente, pues la ilusión la han compartido también ellos como los otros. “Esas formas intelectuales nunca llegan al objetivo y se transforman en sistemas dogmáticos, incapaces por consiguiente de renunciar verdaderamente a lo sacrificial” (que los enceguece puesto que está omnipresente; siempre se vuelve a lo mismo) (*Sobre las cosas ocultas...*, p. 148) mientras que “todo (aquello de lo que hablamos) puede reducirse al mecanismo de reconciliación victimaria” (*ibidem*). Girard quería abrir la era de la sucesión de los tres pilares que han renovado el pensamiento contemporáneo, pues es en los mitos y en la religión donde se encuentra la verdad de la cultura y de la política que se han creído vanamente comprender con los instrumentos de análisis que acabamos de citar. ¿Se trata solamente de un retroceso? No es algo tan simple como lo vamos a ver. Sin embargo, lo que tiene esta interpretación de reductora y de totalizadora es algo que no escapa al lector, a pesar del favor del que goza Girard en los escenarios de la crítica; por lo demás, el estatuto de su discurso se situaría más en la religión que en la teoría, en la medida en que la universalidad de un principio único de explicación de todas las conductas humanas conviene muy poco con la ciencia y hace pensar mucho más en una profesión de fe más o menos cargada de proselitismo, que en un minucioso análisis de los hechos. Además, hay que precisar que Girard no es etnólogo, sino que él propone más bien la meta-etnología que los etnólogos no han sabido hacer, si es que se le quiere creer. Queda por saber hasta qué punto hacía falta...

La violencia y lo sagrado es ante todo una teoría sobre el origen de las culturas que rechaza la teoría freudiana. *De las cosas ocultas...* se organiza como un diálogo a tres, más hablado en su espontaneidad que escrito, en torno al concepto de mimesis, que tiene un tufillo platónico (Girard se refiere a ello), pero que no tiene nada que ver con la teoría platónica del deseo, tal como se la lee en *el Banquete*, donde el rol de la carencia en el deseo es entendido de manera mucho más compleja, y que Freud retoma, sin que hablemos de Lacan. Girard habla de otro Platón, puesto que “el deseo mimético y el complejo de Edipo son incompatibles”. En ese libro Girard intenta una “lectura no sacrificial” de los *Evangelios*, es decir, una lectura liberada de la empresa de la necesidad sacrificial, dado que los Evangelios precisamente ofrecen su modelo, una lectura en la que los Evangelios entreguen con la fe cristiana una visión del mundo que

escape a la violencia sacrificial y a su círculo vicioso. En efecto, solo esta parte de la Biblia sobrevive a esta obsesión, porque el fenómeno de la persecución está allí explicitado. Dicho de otra manera: reconocer a Dios en la persona de Cristo permite comprender por qué él trasciende esta violencia eterna que hubiéramos podido interpretar, equivocadamente, como el destino de la condición humana. Llegados a este punto, la ilusión se desvela. Vamos tras las huellas de Girard, hacia la claridad y la transparencia del ser, pues la Pasión de Cristo, haciendo aparecer la víctima en lo que ella es, un perseguido, da comienzo a una historia “propia mente humana”, es decir, por fin desprovista de esa compulsión a la violencia y a la represión inducida por la imposibilidad de una solución. Una historia desembarazada del rito sacrificial, pues Cristo aclara este deseo mimético que conduce a los hombres a ese círculo de violencia/sacrificio, a falta de ver que se trata fundamentalmente de la necesidad de perseguir. Es más que una “deconstrucción”, como le gusta decir a Girard, tomando prestado ese término de una filosofía completamente distinta; es una verdadera devastación de destrucción conceptual. La conclusión que remata este encaminamiento es de una claridad meridiana: finalmente por Cristo la no-violencia se ha vuelto posible, y para nuestra civilización las conductas mágicas, míticas, inconscientes, por fin se han vuelto superables, pues el mecanismo de la persecución ha sido desnudado, y todo esto gracias al análisis del principio mimético, desapercibido hasta entonces. Es claro que ya no tenemos ninguna necesidad de recurrir a los conceptos freudianos que nos podremos economizar absolutamente (Girard es muy polémico y muy explícito en lo que él rechaza), por ejemplo: la pulsión de muerte calificada de invención “superflua”.

En *el Chivo expiatorio* se trata de lecturas de textos bíblicos. Cristo revela la persecución que anida en el corazón de la violencia, y de la que los hombres no dudan. Por esto la etapa que es franqueada, según Girard, por el cristianismo: se trata de un punto de no retorno.

Hablar a propósito de estos escritos de antropocentrismo es poco decir. La obra de Girard culmina en una apologética sin complejos, que se autoriza de un cuadro que pinta a través de los mitos de los tiempos horribles y bárbaros, en que los hombres estaban enceguecidos por su deseo, y que hacen temblar.